

LAS IMPERFECCIONES DEL APARENTE Y SUPUESTAMENTE PERFECTO DISCURSO I DE LISIAS*

J. Vara

Universidad de Extremadura

Este trabajo intenta demostrar que el discurso I de Lisias contiene numerosos fallos técnicos y que por lo tanto no es una buena obra literaria ni forense.

This work tries to show that Lysias' I discourse contains many technical flaws and thus is neither a good literary nor forensic piece.

1. En el discurso I de Lisias, titulado *En pro de la muerte de Eratóstenes*, predomina la narración¹ (peculiaridad privativa de esta oración dentro del total de la obra de este logógrafo o componedor de discursos forenses) sobre cualquier otra forma literaria. Así, si queremos cuantificar el porcentaje exacto de lo que en el referido discurso es narración o no lo es y utilizamos a tal fin la edición oxoniana, comprobamos que unas seis páginas (*Lisias* 1.6-28 y 37-42) abarcan la descripción de los hechos y sólo unas cuatro (*Lisias* 1.1-5, 29-36 y 43-50) comprenden otras modalidades literarias. Y, efectivamente, este discurso ofrece la particularidad, dentro de la convencionalmente considerada obra lisiaca, de buscar la persuasión de los jueces (objetivo último de toda peroración forense) por la narración escueta de todos los acontecimientos más que por reflexiones o disquisiciones teóricas, ni de otra índole. Y todos los estudiosos, al juzgar con

* Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación financiado por la CICYT, PB 96-1533.

¹ C. Carey, *Lysias. Selected Speeches* (Cambridge 1989) 61.

mente crítica esta narración de los hechos, coinciden en afirmar que esta narración del discurso I es tan sencilla y meridianamente clara y fluye con tal naturalidad y verismo que logra de lleno su objetivo: el convencimiento de los jueces (y de los propios críticos) de que revela la verdad misma de los hechos realmente ocurridos. Y, según el entender de estos mismos *críticos*, esta narración sencilla alcanza tan sobradamente su finalidad de la persuasión² que hace de este discurso una auténtica y primorosa joya literaria³.

2. Es una verdad elemental, afirmada por los propios rétores y teóricos antiguos y confirmada por los modernos, que la razón de ser de un alegato forense estriba en la pretensión de llevar a los jueces al convencimiento de que los acontecimientos han sucedido tal como la narración refiere o, lo que es lo mismo, de que la narración de los hechos revela la pura verdad⁴. En este sentido, ya Córax de Siracusa enseñaba a utilizar el argumento de la probabilidad, consistente en presentar como la más presumible la versión de los hechos ofrecida por el litigante. Y su discípulo Tisias en la obra titulada *Techne* explicaba minuciosamente la técnica de la probabilidad y daba recomendaciones acerca del mejor modo de exponer los hechos a fin de que parecieran convincentes.

3. Sin embargo, un análisis cuidadoso y frío que no se deje seducir por el encanto de la narración pone al descubierto que el discurso I de Lisias, y, más exactamente, su parte narrativa, en contra de lo que el lector u oyente percibe cuando se rinde a la gracia subyugadora que emana de ella, está repleta de múltiples deficiencias técnicas (hay que subrayar y nunca olvidar que estas deficiencias aparecen exclusivamente en este discurso I del total de la obra de Lisias), que atentan gravísimamente contra el objetivo mismo de toda oración forense que no es otro que la persuasión⁵. Efectivamente, Dionisio de Halicarnaso⁶ sabe que la claridad, sencillez y candor con que en los discursos de Lisias están presentados los hechos son *aparentemente* tan sólidos que, a diferencia de lo que acontece con Tucídides y Demóstenes, no dejan lugar a la duda, lo que, según su decir, lleva al convencimiento ingenuo de que los hechos narrados conforman la pura verdad. Esta constatación acerca de los sentimientos que los discursos de Lisias provocan en el oyente o lector constituye un avance en el camino que lleva a la correcta comprensión de su obra, avance realizado por Dionisio de Halicarnaso y también por los estudiosos modernos. Sin embargo, mientras éstos se han detenido aquí, Dionisio de Halicarnaso sagazmente ha dado un paso más, que

² Marcel Byzos, *Lysias. Quatre discours* (Paris 1967) 16, y C. Carey, *op. cit.*, 9 y 62.

³ José Luis Calvo Martínez, *Lisias. Discursos I* (Madrid 1988) 67 y 70, Marcel Byzos, *op. cit.*, 15, Manuel Fernández Galiano, *Lisias. Discursos I-XII*. Vol. I (Barcelona 1953) 6-7, y U. Von Wilamowitz-Möllendorf, "Lesefrüchte", *Hermes* 58 (1923) 57-61.

⁴ Aristóteles, *Rh.* 1391b22-29. Cf. también *Rh.* 1359a7-8, y Platón, *Phdr.* 272e y 273b-d.

⁵ Que tales anomalías y fallos técnicos y de construcción sólo aparezcan en este discurso I de Lisias, y en ningún otro, conforma otra particularidad más, exclusiva de esta oración.

⁶ Dionisio de Halicarnaso, *Lisias*, 2.4.

aunque referido al total de la obra de Lisias resulta especialmente aplicable y valioso para la justa interpretación del discurso I, objeto de nuestro estudio. En *Lisias* 2.18.3, este crítico antiguo escribe que Lisias es acreedor con igual derecho que Ulises al elogio que Homero dedica a éste cuando dice de él: Εἶσκεν ψεύδεα πολλὰ λέγων ἐτύμοισιν ὁμοῖα. Esto es, “(Ulises) sabía inventar, al hablar, infinidad de mentiras con apariencia de verdad”. Y esta circunstancia, que al decir de Dionisio de Halicarnaso toca al común de los discursos de Lisias, conviene singularmente al más narrativo de éstos, al discurso I.

3.1. En 1.22 y 1.39 se nos dice que Eufileto invita, tras un encuentro casual al anochecer de cierto día, a su amigo Sóstrato a cenar en su casa, la casa escenario de los acontecimientos. Y en 1.39 ss. Eufileto utiliza este hecho como prueba de que ignoraba que esa misma noche llegaría Eratóstenes, el amante de su esposa. Pero la celebración de tal cena y en tal lugar no favorece ni mucho menos avala esa interpretación. En efecto, en 1.40 dice Eufileto que Eratóstenes no se habría atrevido a entrar en su casa de encontrarse en ella el propio Eufileto acompañado de Sóstrato. Sin embargo, la imposibilidad de que entrara Eratóstenes en casa de Eufileto por la presencia en ella de Sóstrato resulta invalidada luego por los mismos hechos, ya que Sóstrato se despide de Eufileto y abandona la casa antes de la hora habitual de llegada de Eratóstenes. Por consiguiente, la celebración de esta cena no afecta lo más mínimo al desarrollo de los acontecimientos. A estos efectos es como si no se hubiera producido. Y es lo mismo que se celebrara en su casa que si se hubiera celebrado fuera de ella o no se hubiera celebrado en parte alguna. Y, a su vez, en 1.40 ss. dice Eufileto que él, de haber sabido que iba a llegar Eratóstenes, habría retenido a Sóstrato en casa. Sin embargo, esta hipótesis es incompatible con la posibilidad de que entrara Eratóstenes, como el propio Eufileto acaba de indicar y de olvidar. Ese supuesto haría inviable tal posibilidad.

Por lo tanto, esta suerte de argumentación y esta manera de presentar los hechos demuestra ser un ruido vacío, un sofisma, una maniobra de distracción y un fuego de artificio que pretende cegar la inteligencia de los jueces, pero que en realidad los fuerza a escudriñar los hechos con más atención por la suspicacia que las incoherencias que se desprenden de las palabras pronunciadas por Eufileto deben suscitar en ellos. Así pues, este punto de la narración (la cena en compañía de Sóstrato) se revela a todas luces de una contextura débil, vacía y hueca.

3.2. El litigante, Eufileto, hace con harta frecuencia una descripción de los hechos aparatosa y ampulosa. Así, en 1.23-24 y 1.41-42 Eufileto corre en medio de la obscuridad de la noche a casa de unos y otros, cuando unos pocos hubieran sido igualmente suficientes, con la ventaja en este supuesto último de no atraer la atención de la gente con que se topara, lo que, de producirse, no habría de favorecer al necesario sigilo exigido por las circunstancias del caso. A su vez, según 1.24, Eufileto acude a la tienda de un vecino para proveerse de antorchas

(δῆδας). Pero las antorchas son propias de los grandes y concurridos eventos públicos y religiosos como los misterios de Deméter Eleusinia⁷, mientras que lo natural y adecuado al momento hubiera sido recurrir simplemente al socorrido y vulgar farol. Con un farol alumbraba el esclavo a altas horas de la madrugada a su amo cuando van camino del tribunal, en Aristófanes, *Avispas* 249-250 y 255, 262, y asimismo con un farol otro esclavo da luz en la noche a su amo Estrepsiades para que éste pueda revisar las notas en las que constan las deudas contraídas, en *Nubes* 18 ss.

Otros hechos presentados de forma sumamente aparatosa para las circunstancias en que supuestamente acontecen son, entre otros más, el que en 1.14 la joven esposa apareciera una mañana pintada la cara de albayalde ante su marido, y ello a pesar del reciente fallecimiento de su hermano; el que la astuta adúltera tuviera la imprudencia, osadía y cinismo de mostrarse públicamente en compañía de la madre de su amante, en 1.20; e incluso el propio carácter de los interesados: Eufileto pasa bruscamente de cauto y circunspecto a simple y bobalicón, y ella, su joven esposa, experimenta de la noche a la mañana un cambio de conducta tan profundo que casi al mismo tiempo aparece celosa administradora de su casa y corrompida por el adúltero Eratóstenes.

Esta clase de narración de los hechos hace una argumentación hinchada, con lo que esto conlleva de sensación de artificio, cuando la *communis opinio* entendía que era sencilla. Esta aparatosidad vacua de la que con reiterada frecuencia aparece salpicado este discurso I de Lisias se asemeja a aquélla con que nos deleita Sófocles en *Electra* 680-763, lugar en que el pedagogo cuenta de manera aparatosa, barroca, fantástica y prolijamente (para encandilar y convencer a Clitemnestra) el mortal accidente hípico que acabó con la vida de Orestes, pero que en realidad nunca existió. Ambas narraciones cumplen la misma función. Es la función que cumple el dulce deleitoso que recubre el amargo sabor de la medicina suministrada por el experimentado médico⁸ al tierno infante para que éste la ingiera sin percatarse de que bajo esa capa dulce se esconde un fondo amargo. En el caso que nos ocupa del discurso I de Lisias la dulzura de la narración pretende hacer que el juez o lector no perciba la cruda y oculta realidad que repele a su inteligencia. También aquí esta hinchazón de los hechos narrados desbarata la supuesta sencillez lisiaca de este discurso.

3.3. A su vez, en el discurso I de Lisias, y sólo en él, abundan por doquier expresiones vagas, imprecisas e indeterminantes, todo lo cual es contrario a la supuesta sencillez que adorna esta oración. Así, en 1.10 Eufileto dice que ciertos hechos y comportamientos se prolongaron *πολὺν χρόνον*, cuando la claridad hubiera exigido que determinara durante cuánto se produjeron exactamente; asimismo en 1.10 Eufileto utiliza la forma *πολλάκις* sin precisar cuántas fueron las

⁷ Cf. Jenofonte, *HG*. 6.3.3, y Aristóteles, *Rh*. 1405^a20.

⁸ Lucrecio, 1.931-950.

veces exactas; en 1.11 el mismo Eufileto usa el giro προϊόντος δὲ τοῦ χρόνου, sin indicar claramente cuánto tiempo pasó; en 1.15 Eufileto dice χρόνου μεταξὺ διαγενομένου, sin que sepamos con exactitud cuánto fue el tiempo transcurrido; en 1.18 Eufileto asegura al tribunal que llevó a la criada ὡς τῶν ἐπιτηδείων τινα, cuando los jueces hubieran querido saber quién fue justamente ese allegado a cuya casa la llevó; en 1.23 Eufileto afirma haber corrido ὡς τὸν καὶ τόν, cuando la audiencia esperaría que concretara quiénes fueron éstos; y en el mismo lugar de 1.23 Eufileto hace constar que, de aquéllos a cuya morada corrió, τοὺς μὲν no los halló en casa, y τοὺς δέ (lo mismo en 1.41) ni siquiera se encontraban en la ciudad, pero una vez más no indica lo que se esperaría, a saber, quiénes fueron unos y quiénes otros; luego, en 1.24, nos informa de que él y sus acompañantes se habían provisto de antorchas en una tienda próxima a su casa, sin dar el nombre e identidad del dueño; y, por fin, en 1.41 Eufileto cuenta que acudió ὡς τὸν δεῖνα, utilizando al efecto la expresión más banal e indefinida.

Con el uso reiterado de estas expresiones portadoras todas de imprecisión de que tanto gusta Eufileto, lejos de inducir al tribunal a dar por buenas sus pretensiones, lo suyo es que despertara en quien había de juzgarlo sospechas de fabulación en lo que narraba.

3.4. Tampoco el discurso I de Lisias está libre de contradicciones, unas más ostensibles y otras menos. Así, en 1.27 dice Eufileto que los deudos de su víctima, Eratóstenes, lo acusan de haber arrastrado a éste por la fuerza de la calle al interior de su vivienda, mientras que, por el contrario, en 1.37 afirma que los mentados familiares lo acusan de haber mandado a Eratóstenes venir a su casa por mediación de la criada; y, a su vez, en 1.22 Eufileto refiere que fue él quien se encontró en la calle con Sóstrato (esto es, fue él quien primero vio y se acercó a Sóstrato), y que ello aconteció “ya puesto el sol” (ἡλίου δεδυκότος), y en cambio en 1.39 cuenta que fue Sóstrato quien primero vio y fue al encuentro de Eufileto, y que ello sucedió antes de ponerse el sol (περὶ ἡλίου δυσμάς). Hay que convenir en que la contradicción en uno y otro caso carece de significado, pero no deja de existir. Estas contradicciones restan a un tiempo claridad al discurso y credibilidad a los jueces.

3.5. Pero las deficiencias más graves y que, por lo mismo, más debilitan la idea de la supuesta consistencia, sencillez, claridad, persuasión y maestría del discurso I de Lisias están conformadas por la presencia en él de numerosos datos ilógicos y por ende inverosímiles. Así, en 1.9 refiere Eufileto que había permutado con las mujeres de la casa las respectivas estancias: él, que antes ocupaba la planta de abajo, pasó a instalarse en la de arriba, y las mujeres, que antes ocupaban la planta de arriba, pasaron a acomodarse en la de abajo. Y aquí viene lo absurdo: asegura Eufileto que tomó esta medida “para evitar que su esposa corriera peligro al bajar las escaleras”. Pero a pesar del susodicho intercambio de estancias la esposa continuó bajando las escaleras igual que antes. Es decir, Eufileto adoptó una medida vacía, una vez más. Se nos podrá argumentar

que Eufileto con esa permuta trató de evitar que su esposa corriera peligro al bajar las escaleras exactamente “cada vez que era menester bañar al pequeño”. A lo que cabe responder: ¿es que sólo corría peligro la esposa al bajar las escaleras cuando las bajaba para bañar al niño y no lo corría cuando bajaba a darle el pecho? Además, darle el pecho, una vez tomada la determinación de criarlo la madre, sólo podía hacerlo ella, lo que la obligaba a bajar las escaleras, y, en cambio, bañarlo podían y debían hacerlo las criadas, lo que la eximía de la necesidad de bajar ella para cumplir esa tarea. Y aunque se comprende fácilmente que la joven esposa subiera a la planta de arriba a compartir las horas nocturnas con su marido en las ocasiones en que éste llegaba del campo a la ciudad, ello no obsta para afirmar que no se ve muy bien la razón y la justificación de esta permuta, ni aun suponiendo que el peligro de bajar las escaleras residía principalmente en bajarlas con el niño en brazos, pues existía la posibilidad más o menos penosa de bañarlo en la planta de arriba. Este trabajo nunca sería tan grande como lo era el riesgo que corría la madre al bajar las escaleras de noche. Pero, en todo caso, lo sustancial es que ella continuó de noche bajando las escaleras después de la permuta exactamente igual que lo hacía antes.

A su vez, en 1.12 la infiel esposa dice a su marido Eufileto que lo que él realmente pretende con su insistencia en que ella bajara cierta noche a la planta de abajo es quedarse a solas para solazarse con la criada. Esta afirmación encierra un absurdo: ¿cómo el marido podría arreglárselas para burlar a su mujer y reunirse con la criada si ésta, como mujer que era, se encontraba en la planta de abajo, a la que se trasladaba su dueña y donde había de ser controlada por ésta? Se nos objetará: la esposa le decía eso no porque lo considerara posible y factible, sino únicamente para justificar el porqué de echar el cerrojo y dejar encerrado a su marido con objeto de entretenerse a sus anchas en la planta de abajo con su amante. Sin embargo, hay que convenir en que la justificación no resulta lógica, ni acertada. A su vez, en 1.14 la esposa, a la natural y comprensible petición de explicación solicitada por su marido, responde que la puerta exterior de la casa había hecho ruido de noche porque ella se había visto en la necesidad de salir fuera a casa de un vecino a encender el farol de la habitación del niño, que se había apagado. Todo ello resulta extraño e ilógico, por varias razones. La propia estructura gramatical de la expresión griega, al decir que se había apagado “el farol que alumbraba la estancia del pequeño” presume que había faroles también en otras estancias. Y, efectivamente, ello es hecho posible por la expresión de Aristófanes, *Nubes* 57, la cual pone de manifiesto que en las viviendas griegas se disponía de varios faroles y de calidad distinta. ¿Cómo entonces una mujer, y ésta casada, sale de casa en plena noche a molestar al vecino? ¿O es que todos los faroles de su casa estaban apagados y los de la casa del vecino encendidos? Por otro lado, aun en el supuesto inverosímil de que en la vivienda no hubiera ningún farol más o de que todos ellos estuvieran apagados, hay que contar con que en ella se disponía de los suficientes medios técnicos para volver a encenderlo. Efectivamente esta posibilidad es confirmada por

Aristófanes, *Nubes* 18, lugar en que el criado prende allí mismo el farol, sin necesidad de salir de casa.

Por otro lado, en 1.14 la esposa, para justificar que la puerta exterior de la casa de noche había producido ruido, alega, como decimos, haber tenido que salir a casa de un vecino a encender el farol que se había apagado. ¿No resulta extraña y poco inteligente esta explicación dada por una esposa que poco antes se había mostrado astuta y precavida, habida cuenta de que Eufileto, su marido, en cualquier momento podía aclarar el embuste?

También en 1.14 nos refiere Eufileto que la adúltera esposa se le había presentado, en la mañana siguiente a la noche en que supuestamente se había visto obligada a salir de casa y acudir a la de un vecino, con la cara embadurnada de albayalde. Evidentemente, la esposa se había pintado la cara de esta guisa, luego de dejar encerrado a su marido, no para agradar a éste, sino a su amante en la noche que acababa de pasar. Pues bien, ¿no resulta extraño e inverosímil que la astuta esposa, que unas horas antes se había cuidado de encerrar a su marido bajo llave en la habitación, poco después no se hubiera preocupado de borrar toda huella delatora de sus andanzas ilícitas, y eso cuando todavía tenía que guardar luto por su hermano, recientemente fallecido? ¿Y no resulta de lo más incongruente y estúpido que a Eufileto, que de tonto no tenía nada, no le suscitara la más mínima sospecha la conjunción de estas tres circunstancias anómalas, a cada cual más sospechosa, cuales fueron el haber sido encerrado por su mujer de noche en su habitación, el haber oído el ruido nocturno producido por la puerta de la calle y el que ella se le hubiera mostrado por la mañana con la cara pintada de albayalde a pesar del luto por su hermano?

En 1.8 Eufileto nos informa de que Eratóstenes conoció a su joven esposa con ocasión del entierro de la madre del propio Eufileto. No deja de ser extraño este supuesto hecho. En efecto, ¿cómo se justifica la presencia de Eratóstenes en el funeral de la madre de Eufileto cuando en los entierros sólo participaban los familiares del fallecido, y Eratóstenes no lo era, puesto que ni siquiera era conocido de Eufileto (según 1.45)? ¿O es que hay que contar con que Eratóstenes tenía por norma acudir por su cuenta a todos estos eventos, los pocos en que las mujeres abandonaban su obligado encierro, para descubrir y cazar a sus víctimas? Tampoco en este caso deja de ser extraño que, de tantos funerales como habían de celebrarse cada día en una ciudad tan poblada como la Atenas de aquellos tiempos, fuera a coincidir en éste.

En 1.15 se nos dice que la otra mujer casada seducida por Eratóstenes (pues casada ha de ser considerada a juzgar por la expresión con que Eufileto habla de ella, ἦν ἐκέλευς ἐμοίχευεν, en 1.15), al notar que su amante ya no la visitaba con la misma asiduidad que antes, decidió vigilarlo, hasta que descubrió que el motivo era que ahora Eratóstenes dedicaba su tiempo y se entretenía con la esposa de Eufileto. Pues bien, esta labor de vigilancia realizada por la citada matrona implica que había de llevarla a cabo en la calle y en plena noche, dado que, como sabemos, Eratóstenes se introducía en casa de Eufileto siempre des-

pués de la hora de la cena. ¿No resulta, pues, extraño e inverosímil que una mujer casada como ésta una y otra vez saliera de noche de su casa cuando ni siquiera estaba bien visto que se la viera de día por la calle, sino que lo suyo era mantenerse oculta en casa?⁹

En 1.10 Eufileto refiere que su esposa *muy a menudo* lo dejaba solo por la noche en las habitaciones de la planta superior mientras ella bajaba a la de abajo para pasar la noche al lado de su amante, adonde era llamada arteramente por la criada al provocar intencionadamente el llanto del niño. Pues bien, resulta extraño e inconcebible que de tantas veces como ello ocurrió sólo en una ocasión la esposa se cuidara de dejar encerrado a su marido bajo llave en las habitaciones de la planta de arriba, según 1.13. La circunstancia casual de que Eufileto se hubiera presentado inesperadamente en casa no modifica en nada las cosas. El hecho sustancial y lo que cuenta es que Eufileto duerme en las habitaciones no sólo la noche en que fue encerrado con llave por su esposa, sino otras muchas, en las que, a pesar de la presencia de Eratóstenes en casa, no fue encerrado así.

En 1.4 (y lo mismo se presume en 1.26) Eufileto se lamenta de que Eratóstenes con las relaciones adúlteras que mantuvo con su esposa llenó de vergüenza a sus hijos (τοὺς παῖδας τοὺς ἐμούς), refiriéndose a sus hijos así, en plural, como si fueran varios. El sentido exacto en que hay que entender esta expresión referida a los hijos lo aclara Eufileto en 1.33, al decir que las relaciones adúlteras entre un hombre extraño y una mujer casada hacen que “no se sepa de quién son los hijos, si del marido o del amante”¹⁰. Todo esto encierra algo extraño o, al menos, obscuro. Eufileto afirma que la conducta de Eratóstenes “llenó de vergüenza a sus hijos”, esto es, afirma que con ello los niños nacidos de su mujer no saben (y no se sabe) si son hijos de Eufileto o de Eratóstenes. Sin embargo, a lo largo de toda esta peroración (cf., por ejemplo, 1.6, 10, 11, 14, etc.) se alude única y exclusivamente a la existencia de un solo niño. Y justamente este niño había nacido con anterioridad al inicio de las relaciones adúlteras entre Eratóstenes y la esposa de Eufileto, a juzgar por 1.6-8. Luego no casa con esta realidad de la existencia de un solo niño la referencia de Eufileto *en plural* “a mis hijos”. Y, además, a este niño no le afecta el baldón de esas relaciones adúlteras de Eratóstenes con su madre, dado que no hay la menor duda de que es hijo de Eufileto, el marido de su madre. A lo sumo cabe pensar que la joven esposa se encontrara embarazada en el momento mismo en que Eufileto descubre la amarga verdad, y que hubiera concebido en el intervalo de tiempo que va del entierro de la madre de Eufileto al instante en que éste se entera de lo que ocurre entre su esposa y Eratóstenes. Pero aun en este supuesto cabría decir *sólo* de este *nasciturus* y de ningún otro y por lo mismo tampoco en plural (como hace Eufileto) que en su momento no sabrá quién era su padre. Pero incluso esta posibilidad debe ser desechada, ya que nada en el texto alude a ella ni la sugiere. Y no cabe

⁹ Cf. Sara B. Pomeroy, *Diosas, rameras, esposas y esclavas* (Madrid 1987) 99.

¹⁰ Cf. C. Carey, *op. cit.*, 65.

ninguna otra, puesto que Eufileto hubo de divorciarse de su esposa al comprobar que le era infiel, según el caso exigía¹¹.

La joven esposa de Eufileto rondaba los quince años de edad¹² cuando suceden los hechos, pues lo suyo era que las jóvenes griegas de aquel entonces contrajeran matrimonio a edad muy temprana¹³, incluso a los catorce años¹⁴. Concretamente la esposa de Iscómaco no había superado todavía los quince¹⁵. En cambio, Eufileto había de sobrepasar los treinta¹⁶, ya que ésta era la edad a partir de la cual tomaban esposa los varones. Pues bien, a pesar del halo de ingenuidad y hasta de simpleza con que Eufileto quiere rodearse con su comportamiento hacia la esposa tras el nacimiento del niño (cf. 1.6-15), consta que ese halo es un puro barniz y vana apariencia, por cuanto que la actitud que había adoptado con ella anteriormente en el período de tiempo que va del casamiento al nacimiento del pequeño así lo demuestra (según 1.6). De todo lo anterior resulta sumamente extraño y hasta inverosímil que una adolescente de tan corta edad fuera capaz de aprehender en las redes del engaño a un hombre adulto y no corto de luces. Algo extraño parece también que una niña adornada con tan acendradas virtudes y prendas morales como ésta (según 1.7) pasara bruscamente a llevar una vida tan alocadamente disoluta y desvergonzada.

Pero el fallo técnico que más honda y claramente contribuye a poner en tela de juicio la supuesta maestría y perfección del discurso I de Lisias es, a nuestro parecer, el siguiente. Según se desprende de 1.10, el joven Eratóstenes entró en casa de Eufileto para pasar la noche en compañía de la joven esposa de éste numerosas noches, por lo menos tantas como fueron aquéllas en las que la esposa dejó al burlado marido en la planta de arriba y ella bajó a la de abajo. Efectivamente, ello ocurrió numerosas veces (πολλάκις). Sin embargo, a pesar de ser tan numerosas las noches en que Eratóstenes entró de noche en la casa de Eufileto mientras éste pernoctaba en ella y de ser por lo mismo tantas las noches en las que la puerta exterior de la casa hubo de producir infernal ruido¹⁷, Eufileto oyó este ruido una sola y única vez, según 1.14, y ello pese a que esta vez y esta noche durmió plácida y profundamente como era natural al haber llegado fatigado del campo, según cabe deducir de 1.13. En cambio, no oyó el ruido infernal producido por la puerta o puertas en el silencio de la noche ninguna otra vez de tan-

¹¹ Cf. En este sentido S. B. Pomeroy, *op. cit.*, 101 y 105. En la misma obra del propio Lisias (14.28) se constata que el marido se divorcia de su adúltera esposa.

¹² Así Wilamowitz, *op. cit.*, 59.

¹³ Entre los catorce y dieciséis años. Cf. en este sentido *The Oxford Classical Dictionary*, en "Marriage Ceremonies".

¹⁴ Cf. S. B. Pomeroy, *op. cit.*, 81, y Jenofonte, *Oec.* 7.5.

¹⁵ Cf. Jenofonte, *Oec.* 7.5.

¹⁶ Cf. en este sentido B. E. Richardson, *Old Age among the ancient Greeks* (Nueva York 1969), 225 ss., y M. Golden, "Demography and the exposure of girls at Athens", *Phoenix* 35, 322 ss.

¹⁷ Cf. En este sentido Ugo Enrico Paoli, *Die Geschichte der Neaira* (Berna 1953) 28, donde escribe que el cerrojo de las puertas de la calle era tan complicado y pesado que hacía siempre ruido cuando se abrían esas puertas. El cerrojo era una especie de carraca y mazo, que funcionaba como si se golpeará con un martillo.

tas como fueron las que Eratóstenes entró en su casa, como decimos, y ni siquiera lo oyó la noche de autos, a juzgar por 1.23, cuando lo natural era que en esas fechas pasara las noches o lo más de ellas en vela o al menos en un duermevela, con un ojo cerrado y el otro abierto, atento a percibir cualquier ruido, por leve que fuera, que delatara la presencia del intruso, puesto que en aquellas fechas estaba ya enterado del pastel que se estaba cociendo a sus espaldas en el interior de su morada desde largo tiempo atrás. Todo ello desprende un aire de cosa inverosímil, que resta credibilidad al discurso, a lo que se ve gratuitamente otorgada.

4. Al resultar sustancialmente maltrecho en el discurso I de Lisias el logro del objetivo propio de toda oración, cual es la persuasión de las gentes a quienes va dirigida, en este caso los jueces, y ello en razón de las profundas y numerosas deficiencias técnicas que inundan su parte más extensa que es la narración, se sigue que su aparente maestría queda gravemente en entredicho.